



www.loqueleo.com

© 2013, Carlos Arcos Cabrera

© De esta edición:

2020, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-305-6

Derechos de autor: 044509

Depósito legal: 005164

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Febrero 2013

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Agosto 2016

Décima segunda impresión en Santillana Ecuador: Enero 2020

Editora: Annamari de Piérola

Estudio de la obra: Rut Román

Concepto de portada: Verónica Mosquera

Ilustración de portada: Tito Martínez

Actividades: Yanette Lantigua

Corrección de estilo: Mauricio Montenegro (libro) y María de los Ángeles

Boada (actividades)

Diagramación: María Isabel Vásconez (libro) y Ramiro Jiménez (actividades)

Supervisión editorial: Mauricio Montenegro

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

Memorias de Andrés Chiliquinga

Carlos Arcos Cabrera

loqueleto

*Tantas veces me mataron,
tantas veces me morí.*

*Sin embargo, estoy aquí
resucitando.*

*Gracias doy a la desgracia
y a la mano con puñal
porque me mató tan mal
y seguí cantando.*

*Tantas veces te mataron
tantas resucitarás
tantas noches pasarás
desesperando.*

*A la hora del naufragio
y la de la oscuridad
alguien te rescatará
para ir cantando.*

MARÍA ELENA WALSH, *Como la cigarra*

El hecho es que cada escritor crea a sus precursores.

JORGE LUIS BORGES, «Kafka y sus precursores»,
Otras inquisiciones

Índice



Capítulo 1.....	11
Capítulo 2.....	19
Capítulo 3.....	31
Capítulo 4.....	43
Capítulo 5.....	49
Capítulo 6.....	57
Capítulo 7.....	69
Capítulo 8.....	77
Capítulo 9.....	87
Capítulo 10.....	97
Capítulo 11.....	103
Capítulo 12.....	109
Capítulo 13.....	125
Capítulo 14.....	133
Capítulo 15.....	141
Capítulo 16.....	153
Capítulo 17.....	165
Capítulo 18.....	171
Capítulo 19.....	187
Capítulo 20.....	193

Capítulo 21.....	209
Capítulo 22.....	215
Posfacio.....	219
Estudio de la obra.....	221
Comentarios críticos.....	235
Cuaderno de análisis.....	239

Capítulo 1



Era martes 4 de julio del 2000. En el aeropuerto alguien debía esperarme, así decían las indicaciones del viaje. Saber eso, en lugar de tranquilizarme, me inquietó, y desde que anunciaron que íbamos a aterrizar, pensé y pensé en quién estaría ahí y cómo me encontraría, o cómo yo le encontraría, si sería hombre o mujer, si sería gringo o qué mismo, si hablaría en español o inglés, o, quién sabe, si los gringos, que son bien sabidos, mandaban a que me recibiera un runa como yo.

11

En migración me atendió un negro grandote. En mi país entre nosotros y los negros hay algo que no funciona. No nos llevamos. De entrada me vio bien feo y preguntó a qué venía, eso entendí, y solo atiné a entregarle la carta de invitación de la Universidad de Columbia. Hizo una mueca más fea todavía, que dejó al aire los dientes de arriba, enormes como él y, además, bien amarillos. Yo no pensaba en nada. ¿En qué podía pensar? Solamente sentía el sudor que se me escurría por la frente. Los ojos grandotes del moreno iban del pasaporte a la carta y de la carta al pasaporte. Yo quería indicarle que ambos dos estaban a mi nombre, pero era imposible pues nos separaba un vidrio grueso y no podía encontrar las palabras para explicarle.

—*Same name!* —dije en algún momento con una voz que únicamente yo podía escuchar.

La mueca del guardia negro se fue haciendo cada vez más fea: ya no solo enseñaba los dientes, sino toda la encía, hasta que me ordenó que mirara a una cámara y que pusiera la mano sobre una pantalla, resolló como un enorme buey cansado y puso el sello.

12 En la aduana, viendo el apuro con el que salí de migración, me detuvieron y me obligaron a abrir la maleta. No había nada más que mi ropa. Temí que me pasara lo que una vez al Pedro, entrando a Holanda: le encerraron en un cuarto y le hurgaron en el trasero buscando droga. Me indicaron con señas que abriera el estuche donde guardaba la guitarra y el gringo de la aduana, al que acompañaba una policía, comenzó a golpear la caja con el nudillo de los dedos, mientras la mujer revisaba cada agujero del rondador. El hombre golpeaba con fuerza y yo, sufriendo porque no se hace así a la guitarra, y la mía es bien fina.

—*Where are you from?* —preguntó el gringo mientras golpeaba los entrastes, queriendo saber si era madera sólida o sonaba a vacío.

—Ecuador —respondí.

—Ecuador. ¿Músico? —dijo en chaupi español, o medio español.

Yo le confirmé moviendo la cabeza.

—*Ok, go ahead!* —ordenó el gringo. Quiso decir que siguiera adelante. Arreglé mis cosas, guardé la guitarra, bien aporreada, y otra vez salí a la carrera.

Me encontré con un montón de gente que tenía carteles en las manos y comencé a buscar mi nombre. La vista se me

nubló de ver tantos y tantos letreros en todas las lenguas. Me paré en seco y me dije que alguna seña de cómo era yo le habrían dado al que me esperaba, no importaba quién fuera. Fue en ese momento que me arrepentí de haber aceptado la invitación, y no por el viaje mismo, porque hartó he viajado, como otros de Otavalo, y ya casi no hay páginas en el pasaporte donde poner los sellos. Este viaje era distinto y algo me decía que no debía ir. En los amaneceres de los días antes de embarcarme me despertaba con sueños bien pesados, por eso mismo fui adonde mi abuelo para que me limpiara. Hasta decidí que no viajaría y llamé a la gringa de la Fulbright, la que organizaba todo. Ella me reconoció la voz y se puso a hablar de corrido, dejándome con lo que le iba a decir en la punta de la lengua. Me dio pena, así que solo atiné a decirle que todo estaba en orden: la visa, que era lo más difícil, yo ya tenía, para cinco años, no como los otros compañeros, a los que tuvieron que darles una especial de visitantes.

—Todos tus compañeros de la Conaie están listos. Todo resuelto. No podrán celebrar el 4 de julio en la embajada —se rio—. Lo harán en Nueva York, ¡qué suerte! —Con esas palabras se despidió.

Como veinte compañeros y compañeras de la Conaie fuimos seleccionados para el viaje a conocer la cultura americana. Fue después de que le botamos al Mahuad. Teníamos que elegir un curso que durara un mes en alguna universidad, cada uno en una distinta, después nos reunirían a todos y nos llevarían a conocer Washington. En total el viaje duraba mes y medio.

¡Así fue! Vine por la pura pena de la gringa, porque mismo no sentía ganas, aunque también estaba la obligación que

se tiene de ser dirigente y por eso me hallaba ahí parado en la mitad de la correntada de gente que salía de migración y aduanas, que se chocaba contra mí por estar interrumpiendo el paso. Cuando la correntada amainó, recobré la calma. Entonces, forzando la vista vi un cartel que decía: «Andrés Chilingua». Mi propio nombre me pareció raro, por eso le leí en voz alta, pero me sonó más raro todavía, igual que nombre de otro, no mío. No fui directamente adonde el hombre que tenía el cartel, dudé y esperé con la ilusión de que existieran otros Andreses Chilinguas que se acercaran. Pero nadie lo hizo. Por fin me animé y el hombre me miró desconcertado y comenzó a buscar entre la gente que salía, entre los últimos, entre los más atrasados, a alguien que no fuera yo. Los dos demoramos en entender que no estábamos equivocados, que ese Andrés Chilingua era yo mismo y que a quien él esperaba era yo, no otro. Antes de que abriera mi boca, el hombre que tenía el cartel dijo:

—¡Ah! Eras vos. —Sonó a puro despecho al verme runa, indio, con poncho, guango y sombrero. Hasta alpargatas llevé a ese viaje, en lugar de los Reebok, que eran nuevitos. Años que no me ponía alpargatas. Me dijeron que tenía que vestir tradicional, porque íbamos representando a nuestros pueblos.

Después de mirarme un rato, que me pareció largo, aunque tal vez no haya sido tanto, el hombre bajó el cartel con mi nombre y me ordenó que le siguiera. En el primer basurero le dejó.

Caminó rápido, intentando perderme, y apenas me dio tiempo para agarrar la maleta y la guitarra. Le seguí, sin quitar los ojos de sus espaldas, anchas como las de los que

van al gimnasio. Fue esa forma de distanciarse de mí, de sentir vergüenza, de decir a los otros, así fueran desconocidos, que nada teníamos que ver el uno con el otro, lo que me confirmó que no importaba el lugar del mundo en que me encontrara con un mishu —que son los que creen que no son indios, los cholos, los blancos—, siempre reaccionaría igual que aquel hombre. Me reí. Me costó seguirle el paso. Hacía calor y el poncho me sofocaba. Un momento le perdí de vista y creí que me había dejado ahí, botado, hasta que escuché el silbo que se hace a los perros, y le vi parado junto a una camioneta negra grandota, como las de las películas del FBI o de la CIA, haciéndome señas con la mano, con risa de hijueputa. Abrió la compuerta, apenas si esperó a que colocara la maleta y la guitarra, y la cerró con fuerza.

—¡Subí! —ordenó. Me senté a su lado. No sé si eso le hizo sentir más cómodo o más incómodo, vaya a saber. Manejaba rápido: tal vez porque era de noche y había poco tráfico o porque quería deshacerse de mí lo más pronto posible.

—Vamos a la residencia de estudiantes de la Universidad de Columbia —le dije.

—Así me indicaron —respondió de mala gana.

Por precaución, saqué de mi morralito la carta en que estaban las instrucciones y leí la dirección en mi chaupi inglés y en voz alta.

—Sí —dijo—, es por Broadway, a la altura del 3000, así que tomaremos la 678 hasta empatar con la 278, y de ahí la 125. Siempre me llaman para el *transfer* de los que vienen a cursos y esas cosas.

Por la forma en que hablaba caí en cuenta de que era cuencano o cañarejo: daba lo mismo. Me dediqué a mirar la

autopista, los pocos autos que circulaban, las banderas gringas que ondeaban en los parques y edificios. Julio Jaramillo cantaba *Carnaval de la vida* acompañado del ruido del aire acondicionado que estaba al máximo y había convertido la cabina en una refrigeradora.

—¿Usted es paisano? —me animé a preguntar. No respondió. Solo sentí la cólera que le provocaron mis palabras y que salía de su cuerpo como vaho, como niebla—. ¿Usted es de Cuenca o de por allá? —le insistí, picándole un poco más—. ¿Vive mucho tiempo por aquí? —Tampoco respondió nada.

«De ganita hablé», me dije a mí mismo.

Me dediqué a escuchar a Julio Jaramillo, que del vals había pasado al pasillo y atacaba la estrofa que dice: «escribiré con sangre, con tinta sangre...». A mí no me gustaba cómo cantaba, contrario a los mishus, a los que les ponía eufóricos y luego tristes, o tristes y luego eufóricos, depende de qué cantara el JJ y de qué tan borrachos estuvieran; pero algo que podía decir sin equivocarme era que terminaban tristes, porque los mishus sí que son tristes, y eso les saca el trago, junto con el lloro.

—¿El carrito es suyo? —pregunté en un último intento por conversar. El hombre me miró y, luego de decir que sí, se le destrabó la lengua. Le había achuntado.

—Tengo tres iguales que trabajan de taxis —dijo haciéndome ver que no era cualquiera. Vivía doce años en Jersey. Era de Gualaceo, cerca de Cuenca, y no había vuelto al Ecuador ya que no podía salir porque estaba en pleno papeleo para regularizarse; tenía dos hijos ya grandes a los que no veía desde que llegó a la Yoni.

—Lo único que su madre les ha enseñado es a pedirme que mande plata, regalos, cualquier cosa. Con el tiempo, después de que terminan de extrañar, si alguna vez extrañaron, uno se convierte en Don Mandarás: mandarás plata, mandarás ropa, zapatos, la tele y así. El mayor de mis hijos tiene diecisiete años, estoy esperando que cumpla los dieciocho para traerle y que aprenda a trabajar.

—O sea que les dejó guagüitos —comenté. El hombre siguió hablando como si no me hubiera escuchado o como si no le importara lo que yo opinara.

—Si aquí se trabaja, se saca billete. Claro que cuesta vivir, pero siempre queda algo. Yo comencé manejando un camión, luego pasé a los taxis, ahí hay que pelear duro con los pakistaníes y los hindúes, se creen los dueños del negocio y no dejan que nadie entre. A mí me costó trompones. Me hice amigo del dueño del negocio, un gringo veterano de Vietnam que era paralítico. Yo le trabajaba duro y no le hacía trampa. Un tiempo casi que dormía en el auto. Aquí al que trabaja y no chupa le va bien.

—¡Ahh! —fue lo que pude decir en medio de lo que él decía de corrido.

El hombre, que se llamaba Mario, no paró de hablar hasta que detuvo la camioneta y dijo:

—¡Llegamos! —Apenas esperó a que bajara mi equipaje. Sin despedirse, se subió a su gran camioneta negra, arrancó, aceleró y se perdió al doblar en la primera calle.

Ahí estaba yo, solito en Nueva York. Miré el reloj: eran las once de la noche. Frente a mí hallé el número 420. Saqué la carta de invitación de mi morralito, confirmé la dirección y entré. Un hombre que parecía un poco menor que

Capítulo 2



18

yo atendía el mostrador, igual que en un hotel. Me acerqué y le enseñé la carta que ya estaba arrugada de tanto mostrarle; leyó entre bostezos y miró en la pantalla de la computadora: se demoró en encontrar mi nombre. Me estaba empezando a preocupar, cuando dijo que mi habitación estaba en el tercer piso. Como no le entendí del todo, hizo el número tres con los dedos y señaló hacia el ascensor. La habitación tenía, a más de la cama, un escritorio con computadora, una pequeña sala-comedor, una cocina eléctrica, cafetera, microondas y una refrigeradora. Me acerqué a la ventana, daba a un callejón en el que no se veía nada. Me pareció cómodo, hasta lujoso el cuartito, o lo que yo creía que era lujoso. En mis viajes no estaba acostumbrado a eso. Arreglé mis cosas, así nomás, y me acosté. El sueño no llegó sino a la madrugada, a sobresaltos, como si en las sombras estuviera agazapado un mal espíritu esperando para meterse en mi cuerpo y dañarme.

19

Me levanté temprano y asperjé agua por las esquinas del cuarto y bajo la cama, cantando lo que cantaba mi abuelo cuando limpiaba una casa. No tenía escobilla de marco, ni vela, ni sahumero, ni palosanto, y menos agua bendita, pero algo era algo. Después buscaría aunque sea una matita de romero o de ruda, compraría una vela para limpiar bien y poder dormir. En eso dieron las ocho y sonó el teléfono.

—*Mister Chiliquina?* —preguntó una gringuita. Dijo «qüinga» y no «quina». Me gustó.

—*Yes* —respondí—, soy yo, yo mismo.

—Soy Carol Williams, la asistente de Liz, la profesora del curso; a las nueve pasaré por usted. Estaré en recepción —continuó.

—*Ok* —le dije.

Esperando la hora me puse a sacar unos acordes de la guitarra que venían dándome vueltas en el oído y no quería perderles. Así me llegaba la música, sin que le buscara, cuando quería. A las nueve en punto bajé. Ni bien salí del ascensor una gringuita medio gordita se acercó.

—*Hi!* Soy Carol —dijo, y repitió lo que me había dicho por teléfono. Nos dimos la mano.

—¡Mucho gusto! —le dije en castilla, a pesar de que el inglés me daba vueltas en la punta de la lengua y sabía que tenía que decir algo con *nice*.

—*Nice to meet you too* —respondió la Carol—. ¿Desayunó? —preguntó luego, y sin esperar respuesta caminó hacia la cafetería que quedaba en un patio con techo de vidrio. Era autoservicio. Ella escogió fruta y yogur. Yo estaba con hambre, así que me serví de todo. Mientras desayunábamos habló del curso, me dio una credencial, la lista con los nombres de mis compañeros y una tarjeta con su nombre y teléfono—. Puedes comer aquí o en otras cafeterías de la universidad. Debes enseñar tu credencial de identificación para no pagar. Llévala siempre contigo. Hoy te entregarán dinero para algunos gastos; suficiente para transporte y algún extra. No dudes en llamarme si tienes problemas, mi teléfono está en la tarjeta que te entregué —me empezó a tutear—. Hoy tenemos tres actividades: primero te enseñaré los servicios de este edificio. Luego, haremos un tour por el campus de la universidad; es grande, así que nos concentraremos en los lugares más importantes. Después te presentaré a Liz.

El edificio tenía de todo: en el subsuelo, lavadoras y secadoras de ropa; junto a la cafetería, una sala con computadoras; más allá, una especie de cuarto de juegos donde había una mesa de billar; y por último, dos salones con mesas, sillas y butacas. Había hartoo movimiento.

—Hay gente de todo el mundo, podrás hacer amigos —dijo—. Hoy será un día caluroso y muy húmedo —comentó mirándome—, creo que deberías dejar tu... ¿cómo lo llamas?

—Poncho.

—*Ok*, tu poncho. Si quieres lo dejas en tu habitación, yo te espero aquí —continuó.

Fue una orden y, sin esperar, le obedecí.

—¡Comenzamos el tour! —dijo sonriendo al verme volver sin el poncho. Ni bien dejé la puerta giratoria, el calor me pegó de lleno.

—Estamos a un par de *blocks* de la universidad, en la calle 119. A la izquierda tienes Manhattan Avenue, avanzaremos hacia la derecha, cruzaremos un parque para llegar a Amsterdam Avenue.

—Conozco Ámsterdam, ahí tengo familia —dije en voz alta, recordando a mis tíos y primos que vivían ahí. Carol se detuvo sorprendida; digo sorprendida por la expresión de sus ojos azules, medio aguados y desteñidos. Me miró, el sudor le impregnaba la cara. Aproveché para contarle medio apurado lo que hacían allá. Escuchó atentamente y no dijo nada, cruzó hacia el parque que divide la avenida Morningside y aceleró el paso hasta llegar a la 116.

—Esta es la calle de la universidad —comentó.

Pasamos frente a la Escuela de Leyes y caminamos hasta una plaza central donde encontramos la estatua del alma máter.

«A la Universidad Central le llaman alma máter —pensé—, y lo mismo a la de Ibarra», y ahí frente a mis ojos estaba su estatua. Hasta una empresa de guardianía, en el norte de Quito, se llama «Alma máter de la seguridad».

—Esa es la antigua biblioteca —dijo señalando un edificio que parecía iglesia—. Tendrás tiempo de visitarla. Hoy se la usa para actos académicos. Me interesa que conozcas la nueva.

La construcción ocupaba como una cuadra entera y en el frente tenía una fila de columnas. Avanzábamos entre jardines con flores y césped, donde los estudiantes tomaban sol, conversaban y leían. Ingresamos pasando unos filtros de seguridad a una sala muy, muy grande con pinturas en el techo y las paredes.

22 —Parece iglesia —dije. Fue lo primero que se me ocurrió, aunque la misma idea se me había venido al ver la antigua biblioteca. Era para salir del apuro y de la tensión que comenzó a ganarme el cuerpo, achicándome, o más que eso, sacándome de ahí, diciéndome que ese no era mi sitio. Todo me sobraba: mi sombrero de paño grueso, mi trenza, mis alpargatas, hasta mi forma de andar y mi cuerpo. Estaba de más. Fue igualito a la vez en que la Sheryl, en uno de los viajes a Madrid, me pidió, en verdad me obligó, porque la gringa no parecía pero obligaba, a que le acompañara al Museo del Prado. Ella no quería entender que yo me perdía un día de la feria de Alcalá de Henares, cerca de Madrid. Le pregunté si me quería civilizar. Remordida de las iras y con los ojos llenos de lágrimas, me dijo estúpido y se alejó a toda velocidad. Yo le seguí porque sentí pena de ella y de mí mismo. Fuimos al museo. La Sheryl, entusiasmada ante algunos cuadros, se sentaba o se paraba para tomar distancia y mirar un tiempazo, mientras yo no sabía qué hacer con mis manos y con el tiempo que corría despacio.

—Ohh —decía, y me comentaba sobre la luz que entraba por no sé dónde o que nacía del centro del cuadro—. Es importante que aprecies esto —continuaba en voz baja, para que no le escucharan; entre tanto, yo me mordía la lengua para no repetir que me quería civilizar. Le trataba

de explicar que no es que no apreciara, pero que no sentía lo que ella. Era como si entre yo y el cuadro existiera un espacio que devoraba la belleza de la que ella me hablaba. Claro que había algunos ante los que me quedaba lelo, como los de ese Goya, con las escenas de brujas y engendros que daban miedo. Él había visto a seres que solo los yachag, que para nosotros son los sabios, son capaces de ver sin volverse locos. Pasado el encantamiento de esos cuadros volví a sentir que yo sobraba en ese lugar.

La gringuita Carol vio mi cara de desconcierto, sintió cómo me achicaba y en voz baja, como la que usaba la Sheryl en el museo, dijo:

—Es un lugar muy cómodo para trabajar. En todo caso, si prefieres puedes quedarte en tu habitación, tú decides; o vas a la biblioteca del edificio donde se realiza el curso.

Así estaba yo, apendejado, mirando lo que la gringuita Carol me enseñaba, como en su momento me enseñó la gringuita Sheryl. Luché contra eso.

«Yo, Andrés Chilingua, músico de Otavalo y dirigente de la Conaie y la Fenocin, en representación de los músicos, estoy invitado a esta universidad», me dije a mí mismo, para vencer el miedo que me estaba ganando, para coger fuerza. Y también me dije que los gringos eran bacanes por habernos invitado. Salimos y el calor nos volvió a golpear.

—Las clases serán en el Center for Comparative Literature and Society. Liz tiene su oficina allí. ¡Vamos! —dijo Carol sacándome de mis pensamientos.

Desandamos el camino hasta un edificio que quedaba cerca de la residencia en que me alojaba. Finalmente, llegamos a la oficina de la Liz. Era una gringa grande, bien

grande, y gorda. Me saludó en runashimi, que es nuestra lengua, así nomás, directo. Yo le pregunté sorprendido que en dónde había aprendido.

—En Otavalo —respondió y me comenzó a preguntar por alguna gente a la que conocía, eran mayores que yo. Le conté de los que algo sabía, mitad en castilla y mitad en runashimi.

Liz no había ido a Otavalo en diez años; le pregunté por qué.

24 —Mi esposo es un antropólogo peruano, de Cuzco, y me interesé más por ese país. Ahora me concentro en estudiar lo que se llama literatura de la violencia, lo que se ha escrito a partir de la guerra interna, ya sabes, Sendero, el MRTA, el Ejército peruano —respondió.

Ahí mismo me preguntó sobre Sendero. Le dije la verdad: que no sabía mucho. Después me quedé pensando en que quería jalarme la lengua y ver si el movimiento indígena del Ecuador tenía contactos con los senderistas. Eso pensé, pero no insistió. Durante la hora en que estuvimos reunidos me contó su vida —conocía Otavalo tanto como yo—, y solo al final me explicó lo del curso.

—¿Qué libro de Ecuador deseas presentar? —preguntó—. ¿Hay escritores indígenas?

—No sé —respondí sin pensar mucho.

—¿Conoces a Ariruma Kowii?

—Claro que sí —respondí—. ¡Cómo no le voy a conocer!

—Me refiero a si lo has leído.

—No. —Era la verdad—. Yo soy músico.

—Ahh, porque podías haber presentado su poesía.

—No pudo ocultar su decepción.

—Era de que le inviten a él —protesté.

—¿Has leído *Huasipungo* de Jorge Icaza, el escritor indigenista ecuatoriano? —preguntó sin darse por enterada.

—No.

—¿No lo leíste en el colegio?

—Algo, algo se leyó. Leer, leer, no mismo —respondí.

—Había una versión de *Huasipungo* de Icaza para escolares y colegiales. Te hablo de cuando estuve en Ecuador. ¿No leyeron esos textos donde estudiaste?

—No, el profesor nos dictaba resúmenes de la vida de los autores y de las obras. Creo que leímos una parte de *Cumandá*. Pero no del libro que me dice. —La decepción de la gringa iba en aumento.

—¡Léelo! —dijo ordenándome así nomás—. Quiero que ante todo digas a tus compañeros lo que sientes y si el libro refleja la realidad de los indígenas. No olvides que Icaza era blanco o mestizo, da igual.

Me quedé callado. La gringa sabía y me hablaba como maestra; ya no éramos dos personas que conocíamos Otavalo, Peguche y otros lugares, y que teníamos conocidos comunes, ya no era compañera. Eso me pasaba con frecuencia cuando hablaba con mishus que se ponían en el plano de que podían enseñarme o convencerme como si fuera guagua. En eso la gringa fue diferente, simplemente me ordenó. Me dieron ganas de decirle que eso era mierda de mishus y que los runas no teníamos que saber nada de eso, pero hubiera sido bien tonto de mi parte.

—¿Qué piensas? —preguntó, ante mi silencio.

—¡Bueno! —asentí.

—No te sientas presionado. Si no lo quieres hacer, pensemos en otra alternativa.